

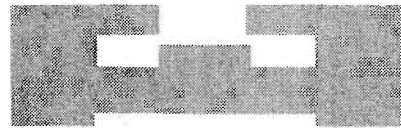
Recorte de:

626
 626
 A.P.
ÉLDIA 16
 PALMA DE MALLORCA

Fecha:

27 03 1992

NARRATIVA EXTRANJERA



FELIX
 ROMEO
 PESCADOR

N los primeros platos, y al empezar la sesión, cada uno come con avidez, sin hablar, sin prestar atención a lo que pueda decirse, y cualquier rango que en la sociedad se tenga, todo se olvida para no ser más que un operario en la gran fábrica comiente. Pero en cuanto queda satisfecha la necesidad, nace la reflexión, se emprenden pláticas y principia otro orden de cosas; y el que hasta entonces no era más que un con-sumidor, se convierte en convidado más o menos amable, según los medios con que le haya dotado el Creador de todas las cosas.» Lo escribe Brillat-Savarin en su *Fisiología del gusto* y con toda seguridad lo suscribiría Matthew Barber o, mejor, su alter ego el crítico gastronómico Bertram W. Beath, que se encuentra (y nos lo recuerda Kraft en una cita del Dante que abre el volumen) «a mitad del camino de la vida... en una selva oscura, con la senda derecha ya perdida».

A Matthew Barber le ha abandonado su mujer tras catorce años de matrimonio (y la separación parece ya imprescindible en muchas novelas recientes norteamericanas, así sucede en la estupenda última de Paul Auster, *La música del azar*), no ve muy clara su situación como diseñador de juguetes en una multinacional y siente más fuerte que nunca su convencionalidad, su dis-

Una selva oscura

fraz de adulto vulgar que encubre sólo a un niño gordo muy puteado; sólo le queda la satisfacción de sus críticas de restaurantes en el *Boston Quincenal* que aun en su monotonía como rito — comida y cena, y polvo con la mejor amiga de su ex esposa — le dan alas.

Mesas reservadas son casi cuatro meses de la vida de Barber en los que su putrefacto mundo convencional (representado con un olor hediondo que aparece en su apartamento y que sólo él percibe) se desploma: las evidencias acaban enloqueciéndolo, dejándole a merced de la extraña filosofía de un *homeless* que escribe sentencias delirantes en las superficies pulidas de la ciudad.

En ese proceso de «enloquecimiento», Barber ve reducida su actividad sexual casi al cero (le abandona su amante, la hija de su amante le produce problemas graves de conciencia, cuando intenta ligar acaba burlado como un gilipollas y, definitivamente, su ex mujer le comina a que deje de atosigarla), lo que le lleva a centrarse en sus aficiones a la comida y a descubrir que es mucho más inteligente su otro yo,

el irónico cabrón B. W. Beath, a quien acabará por obedecer ciegamente.

Eric Kraft ha conseguido con *Mesas reservadas* un tono magnífico, el narrador omnisciente nos lleva por cada personaje con una fluidez acuática (que quizá tenga que ver con la abundancia líquida de licores, bebidas y combinados), metiéndonos en su pensamiento, tan lamentable casi siempre, y en sus acciones como los continuos técnicos de mantenimiento de ascensores en el elevador de la casa de Barber: consigue que seamos auténticos fisgones (y no en vano describe un juego por ordenador que está diseñando la amante del gastrónomo que consiste en entrar en el apartamento de «otro» y descubrir sus secretos).

Hacia tiempo que no topaba con un humor tan inteligente (con lo que más topamos es con la comedieta convencional heredera del tan reeditado Wodehouse), con un personaje tan acertado (probablemente desde el John Self que protagonizaba *Dinero*, de Martin Amis) y con una forma de narrar tan controlada como un paquete-bomba. *Mesas reservadas*, sin ser tan ácida como la prosa de Bukowski en *Hollywood*, consigue lo que pretende: burlar la convencionalidad, reventar a los tipos vulgares y corrientes, embadurnar con mostaza lo que parece el plato especial del chef.



Mesas reservadas

Eric Kraft. Traducción de José Luis Fernández-Villanueva. Destino. Barcelona, 1992.